

Víctor Ruiz Iriarte

Champagne

Nueva Política 34 [*sic*] (30 sept. 1933 *sic*): 10.

Bernard Shaw está descontento de la interpretación que han dado los franceses a su «Santa Juana». Madame Pitoëf ha convertido la mística Juana de Arco que imaginara el dramaturgo inglés en una explosión de gritos y lamentos. Una vez más el contraste entre la fantasía y la misma fantasía realizada es desconcertante. Es difícil ver algo logrado que iguale a lo antes imaginado. Quizá el creador deje guiar su espíritu por una ambición ilimitada. Es probable que los medios existentes para dar vida a la obra sean lamentablemente escasos. La espiritualidad del autor está representada en sus personajes. Son como unos trozos dispersos y deslavazados de su misma vida. Son su esencia vital, transformada en forma de paternidad espiritual. Y estos hijos de Bernard Shaw que componen el conjunto de «Santa Juana» se ha visto suplantado por la personalidad material de unos artistas desconcertados. Esto ha de ser para el autor como un engaño, como un fraude del que nunca podrá reclamar. Solo existe un tribunal capaz de juzgar el delito. Es su misma conciencia de creador quien se rebelará contra el deseo de ver materializado su Ideal. Toda su obra es un Ideal para su autor. Y como tal símbolo, debiera permanecer oculto a los ojos críticos de los demás; libre del fracaso de una mala interpretación. Es como un pensamiento de esos que frecuentemente nos invaden y que, al arrojarlo fuera de nosotros, nos rodea de ridículo y desdén. Y el ridículo no debe ser para nosotros. Pertenece a quien nos clasifica sin el suficiente conocimiento. Y también a un ambiente desdibujado que prejuzgue falsamente lo que noblemente habíamos pensado; como madame Pitoëf en la encarnación de Juana de Arco...

* * *

Es magnífico el mausoleo que ha de erigirse para conservar los restos de Vicente Blasco Ibáñez. Pero nuestro instinto escéptico forzosamente ha de mostrarse desconfiado. Blasco Ibáñez fue uno de los buenos, entre los muchos escritores con que cuenta nuestro país. A pesar de su magnífica aureola, algo mejor que algunos, e infinitamente inferior a otros muchos. Sin embargo, el homenaje es excepcional. La causa es fácil de comprender: Blasco Ibáñez fue además político. Y una vez más las dos vocaciones

caminan juntas en una amalgama desdichada. Es absurdo confundir los méritos de un hombre procurando hacer resaltar el que más nos satisface. La actividad política de Blasco Ibáñez es completamente opuesta a sus dotes literarias. No es digno mezclar su doble personalidad en un homenaje póstumo e innecesario. El monumento puede glorificar al político pero no al literato. Unos cuantos de sus mejores libros, perdurablemente expuestos en el escaparate de una librería, es el mejor tributo que puede rendirse al escritor.

* * *

La vulgaridad, fielmente reflejada en la plana de sucesos de cualquier diario, nos trae de vez en cuando una nota destacada. Un síntoma que parece querer demostrarnos que esa misma vulgaridad no puede subsistir sin un aliento extemporáneo; sin un caso excepcional que salte fuera de lo corriente. Alguien dijo que, a veces, la filosofía se encuentra en las gacetillas y las gacetillas en los libros de filosofía. En este caso la filosofía ha sido inconsciente. El relato de lo sucedido se ha hecho sin comprender la magnitud de la narración. El problema psicológico ha estado en la tragedia aparentemente vulgar de los protagonistas. Y quién sabe si también su acción ha sido tan involuntaria como la prosa de la noticia.

En una estación del Metro se ha suicidado una muchacha. No es la primera vez, ni es de creer que sea la última. La desesperación es tan ingenua que se pone fin ella misma. En ocasiones, con una valerosa despreocupación; en otros momentos, con un claudicación cobarde. Esta muchacha que voluntariamente ha puesto límite a su vida es probablemente un espíritu idealista que se ha materializado torpemente.

Momentos después de ser retirado el cuerpo sin vida de la mujer, hace su aparición un hombre que anhelosamente pregunta si ha ocurrido alguna desgracia... La contestación es afirmativa. Y la angustia en el nuevo personaje del drama es indescriptible. Analizar las causas sería un supremo goce para el aficionado a la psicología. Probablemente se siente causante de un crimen que legalmente no se le puede imputar. Es el eterno dilema entre la conciencia y la razón. La conciencia sin razón es aparentemente infantil. La razón fría y sola es despreciable. En este hombre su razón en su pensamiento de culpable. Su conciencia es esa certidumbre de la desgracia. No es preciso matar para ser asesino. Romper una ilusión es impulsar a los demás a

cometer un crimen con su propia vida. En algún instante, el alma reclama un castigo que la materia es incapaz de recibir, porque no ha realizado el delito. Pero el espíritu es rebelde y quiere el castigo. Y si los otros son impotentes para otorgarlo, él es lo bastante soberbio para concedérselo a sí mismo.